

"AMANECER"

6

La abuela se levantó muy temprano, como siempre. Preparó el mate, un pedazo de pan con salvado (a nuestra edad el cuerpo reclama ciertos cuidados), y al lado de la pava caliente que reposa sobre un soporte de bronce fundido, heredado vaya uno a saber de quién, para no chamuscar la antigua mesa de madera, dejó dispuesta para el desayuno una taza blanca con el nombre de su nieto grabado con letras negras y delgadas. El niño viene a dormir a la casa una o dos noches cada semana.

La abuela lee un libro grueso de tapas negras, como todas las mañanas; y mientras sorbe un mate desliza la mirada por sobre el marco de los anteojos para ver la hora en el reloj que cuelga en la pared de la cocina. El sonido del reloj se oye muy claro. Es que el lugar es tan silencioso!. La casa está en las afueras de la ciudad; vivir allí es como vivir en el campo, dice siempre ella.

Luego dirige su mirada hacia la cama improvisada sobre el viejo sofá, debajo del ventanal, donde él sigue durmiendo a pesar de los ruidos silenciosos e inevitables de la abuela cuando se levanta. La sonrisa se pinta en su cara mientras lo contempla, unos segundos apenas, descansar como descansa quien todavía tiene el alma limpia, sana, buena.

Pero hay que ir a la escuela; así que, suavemente comienza a pronunciar su nombre mientras se acerca para acariciarlo: "Thiano...Thianito...vamos, ya es hora". Desliza una y otra vez su mano sobre la cabeza del niño mientras repite: "Thiano, vamos!! A levantarse!".

El niño eleva las cejas mientras un par de párpados desganados dejan que asomen muy de a poquito sus ojos claros. Estira las piernas, la espalda, los brazos, y en un suspiro enredado con un quejido saluda: "hola abuela". Parece una mañana más, se repite el ritual, como cada semana cada vez que él se queda a dormir en la casa. Pero hoy ocurre algo distinto; hoy la abuela ayudará a su nieto a descubrir la pampa.

Ella corre las cortinas del ventanal y exclama con asombro: "mirá Thiano, mirá!! No te lo pierdas! Mirá que espectáculo!!". El niño alegre, inquieto, curioso, da un salto y queda arrodillado sobre el sofá con los brazos apoyados sobre el respaldo. Es un placer ver su rostro, el gesto de sorpresa!. La boca abierta es una "o" perfecta; mueve las cejas arriba y abajo como las alitas del pichón que está a punto de lanzarse por primera vez del nido a inaugurar el vuelo. Y esos ojitos...¡esos ojazos!!.

"Abuela!! ¿!qué es eso!?". "Shh...mirá, vos mirá".

Está aclarando. Apenas puede verse un pequeño lomo asomando tembloroso, que con celeridad despaciosa está tiñiendo el horizonte de rojo. El brillo de las últimas estrellas parece celebrar su aparición, aunque con destellos cada vez más tenues e intermitentes, mientras van desapareciendo en el inmenso cielo. El horizonte arde.

A medida que el lomo encendido crece, se recortan las siluetas despeinadas de los pastos puna que mueven sus cabelleras en una danza acompasada, porque ahora también el viento se suma al espectáculo.

"Abuela, qué es eso?" parece todo fuego"

"¿ qué es eso?. Esto es la pampa!! Y ése es el sol de la pampa!!"

" Pero el sol es más grande abuela, y no lo podés ver porque encandila!"

" Shhh...seguí mirando"

" Ah, ya sé, es el sol, pero está asomando!"

" Sí, quizá es el sol que asoma. O tal vez es la imponente llanura que se inclina humillada para recibir a alguien que es mucho más imponente aún, alguien que siempre estuvo allí, sin moverse de su lugar."

Ahora el horizonte es anaranjado y el cielo mucho más claro. Se oyen los pájaros.

La charla aburrida de dos benteveos alejados; el chingolo se luce cantando, una calandria envidiosa se esfuerza por emular su canto. El tero grita enojado y retruca chillando un chimango.

El cielo arriba es celeste bien claro, pero abajo, en el horizonte, el sol crece amarillando el campo.

Un cuis desvergonzado que incursionaba en el patio huye desesperado y desaparece entre el pasto.

El niño mira a su abuela y sonríe; si ella es feliz él también, si ella está satisfecha, él también. La observa sin comprender todavía que la abuela está extasiada de aquel amanecer pampeano, pero sobre todo de que él esté allí a su lado.

Luego es ella que mira al niño y sonríe con dulzura mientras le dice: " Ay mi niño amado, qué será de ti cuando crezcas, hacia dónde podría llevarte la vida!. Quizás lejos de aquí...quizás lejos de mí... Pero estoy segura de algo: hoy la pampa entró en tu alma y nunca se escapará de allí. La vida pudiera llevarte lejos, tal vez recorras el mundo, conozcas otros lugares, otra gente, otros paisajes. Si acaso esto ocurriera, sé que vayas adonde vayas, éste amanecer y yo iremos siempre contigo. Y volverás aquí algún día, volverás a mí, al viejo sofá debajo del ventanal. Dormirás en casa y madrugarás conmigo. Y nos sentaremos juntos a esperar en silencio el espectáculo único del amanecer pampeano.

Yo te miraré pensando: "¡cómo has crecido mi niño". Y me mirarás pensando: " cuándo fue que envejeciste tanto". Pasarás tu brazo sobre mis hombros flacos y reclinaré mi cabeza en tu pecho.

Y cuando asome el lomo encendido y tembloroso del sol en el horizonte; no diremos nada, no harán falta las palabras. Y sé que apenas al rato, seremos como dos niños felices que corretean en el patio. Y batiremos las alas del alma para ir y volar junto a los pájaros. Hace ya unos cuantos años que mi corazón y el tuyo quedaron por siempre ligados, el día que se fundieron en aquel amanecer pampeano.

Entonces me dirás: " Abuela; gracias, te amo"

Entonces te responderé: " Gracias a vos por volver aquí...por volver a mí..."

"Thiano"

" Qué, abuela"

" Yo también, con todo mi corazón, te amo".